TRASLACION

DE LOS RESTOS DE FRAY CRISTÓBAL DE TORRES, DE LA CATEDRAL Á LA CAPILLA DEL COLEGIO DEL ROSARIO (1)

RELACION

DE LA TRASLACIÓN, EXHUMACIÓN Y EXEQUIAS

El día 3 de Noviembre de 1793 se ha presentado á la ciudad de Santafé un espectáculo digno de la atención de sus actuales habitadores, y del conocimiento de los futuros. Un monumento erigido á la memoria del Ilmo. Sr. D. Fray Cristóbal de Torres, dignísimo Arzobispo de esta Metrópoli, y Fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en ella, pide se trasmita á la posteridad la noticia de su origen y las circunstancias de su dedicación. La piedad, la veneración, y la ternura de los hijos de esta Casa, construída y dotada á sus expensas, no quedará obscurecida en las tinieblas y el olvido que arrastra el torrente de los siglos; y la traslación y sepultura dada á las venerables cenizas de este Ilmo. Prelado en la Capilla del Colegio, será un público testimonio de la gratitud de sus alumnos. También es justo que habiéndose hecho todo por una gratuita contribución de cuantos se glorían de

(1) Oración que en alabanza del Ilustrísimo Sr. D. Fray Cristóbal de Torres, insigne Fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Santafé de Bogotá, dijo su actual Rector Dr. D. Fernando Caycedo y Flórez, el día tres de Noviembre de mil setecientos noventa y tres, en que en cumplimiento de su última voluntad, se dio sepultura á su venerable cadáver en la Capilla de su Colegio, trasladándolo á ella de la Santa Iglesia Catedral—En Santafé de Bogotá—MDCCXCIII. En la Imprenta Patriótica—Plazuela de San Carlos.

Contiene el folleto la relación que sigue en 20 páginas en 8.º y la Oración en 52 páginas.

contarse en este número, no sean defraudados de la noticia del magnífico aparato y pompa con que se ejecutó los que por su distancia no pudieron derramar sus lágrimas con los presentes, ni ser mutuos testigos de la efusión de su corazón. Y hé aquí los motivos de la presente relación.

El Sr. Torres, duodécimo Arzobispo de esta capital, había muerto hace el espacio de ciento treinta y nueve años; previniendo en su testamento se le enterrase en la Capilla del Colegio, que acababa de fundar. Esta su última voluntad no pudo tener por entonces su debido cumplimiento, por unos motivos que no nos han conservado los monumentos que nos restan de aquellos tiempos, ó que nos roba su oscuridad. Lo único que nos han dejado escrito sus albaceas, es que esta disposición del testador halló contradicciones en el Cabildo Eclesiástico de la capital, á cuya solicitud, nacida tal vez de la piedad y veneración con que miraba al Sr. Torres, y del dolor que le causaba ver privada la Catedral de la posesión de estas reliquias, determinó la Real Audiencia se pusiese en depósito en ella su cadáver.

En esta calidad se ha mantenido el tiempo que hemos dicho; sin que ni la actividad de los ejecutores de su testamento, al principio, ni la diligencia, reconocimiento y ternura de los Rectores y los hijos del Colegio, después, hubiesen podido verificar la meditada traslación de sus huesos hasta ahora. Es creíble que hubiesen subsistido en los tiempos inmediatos á su muerte los obstáculos que impidieron el éxito de la suprema voluntad del testador para con los primeros; y que aquella especie de languidez y abatimiento, á que redujeron la usurpación y las más fuertes contradicciones al recién nacido establecimiento del Colegio en los posteriores, no hubiesen permitido llevarlas á efecto á los segundos. Para una traslación y entierro digno de esas venerables cenizas, se necesitaba aprontar una suma considerable de dinero, y se sabe que aún hoy el patrimonio del Colegio está fundado en el amor, en

Universidad del Rosario Archivo Histórico

la adhesión inviolable, y en la mutua concordia de sus hijos.

Mientras que estas dificultades retardaban el cumplimiento de aquel sagrado encargo del Fundador, el tiempo, si no borró, iba debilitando sucesivamente su memoria, que acabó cuasi de extinguirse con la confusión del testamento, que no se registraba en el Archivo del Colegio, y yacía sepultado en uno de la ciudad.

La invención de este precioso documento, debida al celo y actividad del actual Rector, D. Fernando Caycedo y Flórez, comenzó á dar nuevo impulso á la empresa de la traslación. En breve se hallaron reunidos los votos de cuantos habían vestido la beca en el Colegio, ofreciendo y contribuyendo gratuitamente para ella cada uno á proporción de sus facultades. El entusiasmo se apoderó en un momento de sus corazones. Sin violencia, sin esfuerzo de parte del que la debía promover, los más de los que actualmente residían en la capital vinieron á ofrecer por sí mismos el donativo del amor, de la ternura y del reconocimiento. Los ausentes contestaron á la circular en que se les comunicaba el proyecto, con expresiones llenas de calor, y de los más vivos sentimientos de respeto hacia el Fundador: acompañando considerables contribuciones, y envidiando la suerte de los que tuviesen la dicha de pagar otro tributo más, debido á su memoria: las lágrimas sobre el sepulcro. Sus cartas se conservan en el Archivo del Colegio como un precioso testimonio de su ternura y su agradecimiento; como los nombres de todos en sus libros para recuerdo y para ejemplo de los venideros.

Dispuestos así los ánimos, y allanada la primer dificultad, que ofrecía la escasez de facultades del Colegio, se propuso el pensamiento al Ilmo. Sr. D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, Arzobispo actual de esta capital; y habiendo hallado en él la más benigna y favorable acogida, se obtuvo desde luego su permiso para hacer la exhumación.

El largo transcurso de ciento treinta y nueve años que se había mantenido el cuerpo del Sr. Torres bajo de tierra, y en un terreno bastante húmedo, no había dejado noticia alguna de su sepultura entre los vivos, y causaba no ligeros sobresaltos y temores de que aun encontrada, ya el tiempo lo hubiese consumido.

Los ejecutores de su testamento decían vagamente que había sido depositado en la Catedral. En el Archivo del Cabildo Eclesiástico tampoco se encontró documento relativo al asunto. Recorriéronse los autores coetáneos que nos restan de aquel tiempo, y felizmente se hallaron noticias circunstanciadas y precisas del lugar de su sepultura en el *Nobiliario* de D. Juan Flórez de Ocáriz, y en la *Historia del Nuevo Reino,* de Zamora.

Es verdad que no bastaron á calmar enteramente los recelos, porque como ambos le asignasen por sepultura el lugar que está bajo el Ara Máxima y su tarima, en la Catedral; y, además, el presbiterio hubiese tenido en los tiempos posteriores alguna inmutación, se temió que estando expresamente prohibido por varios decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, enterrar ningún cadáver, si no es los de los mártires, bajo el altar, podían haber padecido los citados autores alguna equivocación; y que cuando esto nó, la nueva forma que se había dado al presbiterio, y de que apenas había memoria, hubiese dado también ocasión de remover los huesos de su lugar.

Entre estas dudas y temores, que aumentaba á los ojos del Colegio y de sus hijos el vivísimo deseo que tenían de que reposasen las cenizas de su Fundador en su Capilla, y el sentimiento que debía causarles ver frustradas sus más dulces esperanzas, se asignó el 29 de Abril para la excavación. Llegado este día esperado con impaciencia, se trasladaron á la Catedral el Rector, el Vicerrector, Consiliarios y Secretario del Colegio, acompañados del Notario Mayor Eclesiástico, D. Antonio del Solar; y dando principio á la obra, guiados de las noticias expresadas, á

poco rato quedaron desvanecidos sus recelos; se encontró el suspirado depósito que había conservado fielmente la tierra; y los interesados en tan precioso hallazgo se dieron recíprocas enhorabuenas por su dicha.

Un simple cajón de madera, que se deshizo al tocarle, abrigaba algunas de las partes más sólidas del cuerpo, y el polvo á que había reducido el tiempo las demás. También se encontraron fragmentos de las vestiduras pontificales, mitra, birrete, guantes, tunicelas, medias, chinelas, y un anillo de ópalo montado en oro.

Ya á este tiempo, sin embargo de haberse cerrado las puertas de la iglesia, había concurrido gran número de gentes de todas clases á ella, pareciendo tener todas un interés común en la invención. La fama de virtud y santidad que había dejado el Sr. Torres al morir, y la grata memoria de sus beneficios, que mantienen los establecimientos de la capital que deben su origen á su liberalidad, atrajeron personas de todas condiciones á su sepulcro, como para darle un testimonio de su agradecimiento. Los hijos predilectos de este buen Padre, que han sentido y sienten tan de lleno los efectos de su beneficencia, á quienes sus empleos ú ocupaciones no retuvieron á su pesar, no esperaron á que se les contase su hallazgo: todos concurrieron á porfía á venerar los despojos del tiempo y de la muerte, que algún día animó el espíritu generoso, que los había comprendido á todos en sus liberalidades, y que había extendido sus miras benéficas á las generaciones presentes y futuras. El menos sensible, el menos tierno, sintió conmovido su corazón, extendió sus manos reverentes hacia las sagradas vestiduras que cubrieron su cadaver, y regó sus cenizas con sus lágrimas.

El Rector, agitado á un mismo tiempo de dos distintos afectos, la alegría y el dolor, dio esta vez el más raro ejemplo y las pruebas más sensibles de piedad, de ternura y de veneración al Fundador. Sin permitir que otras manos menos respetuosas y menos dignas, que las de un

(Fotograbado de R. Roldán.)

SEPULCRO DEL FUNDADOR
en el Presbiterio de la Capilla

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

hijo, y un inistro del altar, exhumasen su cadáver, descendió él mismo á la fosa, y con todo el esmero y prolijidad que le inspiraban su amor y reverencia á tan preciosas reliquias, separó y trasladó á otro cajón, preparado al efecto de antemano, una por una las partes que aún quedaban.

Ya la Comunidad, prevenida anticipadamente para este caso, había pasado al primer aviso del Rector, de su Colegio á la Catedral, desde donde formada en dos alas con luces en las manos y acompañada de un numeroso concurso de gentes, condujo las reliquias, que tomaron en sus hombros el Vicerrector y principales miembros, á la Capilla inmediata del Sagrario, en donde quedaron depositadas mientras se les preparaba un digno reclinatorio en la del Colegio.

Para hacerlo con la magnificencia posible, no se ha perdonado gasto, ni fatiga. La escasez de mármoles que padece esta ciudad, en cuyos contornos, pero á mucha distancia, sólo se conoce una mina de estas apreciables piedras, hizo echar mano del estuco para la construcción de la urna sepulcral, que se ha levantado al lado del Evangelio en su presbiterio. Su obra es sencilla, pero graciosa, de orden dórico y con los adornos propios de las de su especie. Sobre un pedestal ó meseta de una altura proporcionada, descansa en el medio la bóveda que contiene la caja de plomo en que se depositaron las cenizas; presentando á la vista la figura rematada en forma de concha; y á los lados las bases de dos bien torneadas columnas, que sostienen la cornisa, y con la cual forman un nicho en que se ha colocado una primorosa estatua del Sr. Torres. Sobre la cornisa sigue la coronación, ó remate de la urna, compuesto de un triángulo cortado por el vértice, y tres jarrones con otros ligeros adornos. El primer zócalo, ó basamento, que exigía la naturaleza del sitio en que se construyó la urna y los pedestales, imitan con mucha propiedad diversos mármoles por una artificiosa mezcla de colores. Las

bases y capiteles de las columnas, adornos del cornisamento, y perfiles de toda la obra, dorados; y el resto de las partes de que se compone, principalmente el fuste de las columnas, remeda perfectamente el alabastro en su más hermoso lustre y blancura.

La excelente estatua del Sr. Torres, de que hemos hablado, es hecha seguramente en su vida, exactamente conservada, y muy parecida á todos los retratos que posee el Colegio del Fundador. Está puesta de rodillas con capa magna encarnada, y vuelta hacia el altar mayor con las manos en acción de orar. La dulzura de su rostro, y un aire de suplicante, pero apacible y risueño, dan no sé qué idea de su afabilidad, de su inocencia, de esa dichosa tranquilidad de alma, que sólo da la virtud, y que es al mismo tiempo su recompensa. También son éstos los colores con que nos pintan á este amabilísimo Prelado los que han escrito sobre su vida, y la impresión que dejan en el corazón sus mismos escritos.

En la cara que presenta la bóveda á la iglesia, y que hemos dicho, figura una especie de arca, ó de urna, están engastadas las armas del Sr. Torres, esculpidas de bajo relieve en una lápida de mármol verde de mezcla, y bajo de ellas el siguiente epitafio latino, hecho por el actual Rector:

D. O. M.

PRO ECCLAE. HUJ. METROP. DIGNISSIMI PRAESULIS

CHRISTOPHORI DE TORRES

QUI NOB. JUVENT. ERUDIENDAE COLLEG. HOC. MAJ. SUB. ROSAR.

VIRG. TIT. AC PATROC. A FUNDAM. EREXIT. DOTAVIT

MORTALITAT. EXUVIIS USQUE AD OPTATAM DIEM CONDENDIS

DILECTO FUNDATORI, OPTIMOQUE PARENTI

ALUMNI SUI GRATISSIMI HOC PIETATIS, ET AMORIS MONUMENTUM

OBIIT SEPT. ID. JULII ANNO MDCLIV. AETAT. LXXXI

CORPUS IN CATH. ECCL. PRIMO COND. INDE PRO SUPREMA EJUS

VOLUNT. ADIMPL. HUC. TRANSL. TERTIO. NON, NOV. MLCCXCIII

FERDINANDO CAYCEDO, ET FLOREZ RECTORE

Concluído así este monumento, que debía abrigar las cenizas de aquel insigne varón, y perpetuar á la posteridad la piedad y reconocimiento de los que le veneran por Padre, se levantó un magnífico túmulo de un cuerpo de arquitectura de orden dórico con su correspondiente remate, y sobre un zócalo de altura proporcionada, pintado todo de blanco y azul, con sus obeliscos, y demás regulares adornos de semejantes obras. En el centro se colocó un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro, que cubría la mesa sobre que descansó la urna en que se condujeron los huesos; y delante de ella, las insignias arzobispales, báculo, cruz y mitra. En el remate del túmulo se pusieron también las armas de la ilustre Casa del Sr. Torres.

Preparadas todas las cosas, y tomadas las medidas convenientes para el arreglo y buen orden del concurso, que desde luego se conoció sería muy numeroso, y para el mayor decoro de la pompa fúnebre, se asignó el día 3 de Noviembre para la traslación, de acuerdo del Ecxmo. Sr. Virrey, que había de presidir á los Tribunales; del Ilmo. Sr. Arzobispo, que había de hacer el entierro, y del Sr. Rector del Colegio. Esta Casa y sus alumnos recibieron esta vez un apreciable testimonio de la bondad y atención con que la miran así el Jefe del Virreinato y el Prelado Metropolitano, como los Tribunales, Cabildos, y Comunidades seculares y religiosas, en quienes halló las más favorables disposiciones para seguir y auxiliar sus miras en la solemnidad y magnificencia con que había proyectado se hiciese, y efectivamente se hizo la función.

El día 3, á las nueve de la mañana, pasó la Comunidad del Colegio á la Capilla del Sagrario, cubiertos los escudos que lleva en la beca con un canto de ella, y demostrando

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

en su modestia y compostura que esta señal exterior de sentimiento era un indicio del que actualmente poseía su corazón.

A poco rato estuvieron allí todos los Tribunales, y Cuerpos referidos, que ocuparon sus respectivos asientos, hasta que revestido el Prelado, y cantado el primer responso, tomaron en sus hombros la urna cubierta de terciopelo encarnado, y guarnecida de galones de oro, en que estaban las reliquias, el Rector, Vicerrector y dos colegiales, que la entregaron en la primera posa á otros cuatro, y así sucesivamente á los demas, hasta que se colocó en el túmulo.

El resto de la Comunidad rodeaba la urna, con la beca en la forma que hemos dicho, acompañada de la de San Bartolomé, que llevaba en los mismos términos la suya. Este Colegio le dio en aquel acto, como en los oficios de los días siguientes, las más apreciables pruebas de su amor y fraternidad: pruebas que manifiestan bien la inteligencia y buena armonía que une en recíproca amistad estos dos Cuerpos, no menos que la sabia conducta y dirección del actual Rector que lo gobierna (*).

También se turnaron por su orden el Cabildo Eclesiástico, Clero, y Religiones, haciendo de cargueros de honor, según el orden del Pontifical: las Comunidades se colocaron por el de su antigüedad, y tras el Ilmo. Preste los Tribunales, por el del Ceremonial, presididos del Excmo. Sr. Virrey, á quien seguía la Compañía de alabarderos y guardia de caballería. Un doble general de campanas acabó de solemnizar este lúgubre aparato. No parecía ya que se trataba de trasladar las cenizas de un hombre que había muerto hacía cerca de siglo y medio; su memoria y la de sus beneficios es tan reciente en Santafé, como si acabase de morir. El buen orden y el silencio que reinaba en la procesión, daba á entender muy bien el concepto que

(*) El Sr. Dr. D. Manuel Andrade.

se conserva de sus virtudes, y que contra un verdadero mérito nada puede el trascurso de los años.

Tres colegiales sacerdotes llevaban delante de la urna el báculo, mitra, y cruz, que el Sr. Arzobispo actual, para dar una prueba de su amor y veneración al Sr. Torres, quiso prefiriese á la suya.

Dada vuelta á la plaza, y siguiendo por la Calle Real hasta la puerta del Colegio, en cuyo discurso se le hicieron las correspondientes posas, dieron igual vuelta por los claustros, y entraron en la Capilla.

Como desde el principio se previese que no podría caber en ella el golpe de gentes que arrastraría el magnífico aparato del entierro, se pusieron guardias á las puertas, con expresa prevención de no dejar entrar sino los Cuerpos, Comunidades y particulares de la primera distinción. De este modo se logró un concurso de lo más brillante y lucido de la capital, y al mismo tiempo, que reinase en toda la función el buen orden, la compostura y el silencio.

Ocupados en esta forma los respectivos asientos, sin confusion ni tumulto, entonó el coro, que hizo la Religión de San Francisco, una solemnísima vigilia; la cual, concluída, celebró la misa pontifical el Ilmo. Sr. Arzobispo. Después de ella dijo el actual Rector del Colegio la elocuente Oración fúnebre, que acompaña esta relación, y que hará por sí misma su más completo elogio. Finalmente, cantado el último responso, se bajaron del túmulo las reliquias, se trasladaron á una caja de plomo (*), y depositaron en la bóveda de la urna, todo por mano del Rector, á quien rodeaban sus Colegiales, como para despedirse de su buen Padre, y recibir su última bendición.

(*) Sobre la tapa ó cubierta de la caja se puso una inscripción latina grabada á buril que contiene una noticia exacta del nacimiento, patria, empleos, y dignidad del Sr. Torres, con las particulares circunstancias de su entierro, y de la traslación de sus huesos á la Capilla del Colegio.

Universidad del Rosario Archivo Histórico

Se concluyó la función muy cerca de la una del día, sin que en las cuatro horas que había durado se notase en los asistentes el menor fastidio, cansancio ni disgusto. Por el contrario, todos mostraron la mayor satisfacción y complacencia.

En los cinco días siguientes se continuaron los sufragios por el alma del Sr. Torres en la misma Capilla del Colegio, haciendo los Oficios las Religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, Agustinos Descalzos y San Juan de Dios, con la mayor solemnidad. En el primero de ellos pontificó el Ilmo. Sr. D. Fray Manuel Torrijos, Obispo de Mérida, religioso de Santo Domingo é hijo de esta Provincia; y así en este día como en los demás, dieron todas estas Religiones las más visibles pruebas de su desinterés y de su amor al Colegio y Fundador.

ORACION FUNEBRE

DE FRAY CRISTÓBAL DE TORRES PREDICADA POR EL RECTOR DR. FERNANDO CAYCEDO Y FLÓREZ, EL 3 DE NOVIEMBRE DE 1793, EN LA CAPILLA DEL COLEGIO (1)

En morior, in sepulchro meo, quod fodi mihi in terra Chanaan, sepelies me.

Yo muero, y es mi voluntad, deis sepultura á mi cuerpo en el sepulcro que yo mismo he edificado en la tierra de Canaán.

Son del capítulo 50 del Gen. v 5.

Jacob, aquel célebre y antiguo Patriarca, deseoso se le diese sepultura en el sepulcro de sus padres, á que tenía

(1) El Dr. Caycedo fue después prócer de nuestra Independencia, deportado á España y condenado á presidio por sus ideas republicanas. Al regresar, fue electo y consagrado Arzobispo de Bogotá. Construyó la Catedral, el monasterio é iglesia de la Enseñanza, la casa de Ejercicios del Dividivi, la capilla del Cementerio, y fundó el Colegio de ordenandos. Murió en 1832.